

Lo que ha supuesto el Concilio para mi ministerio episcopal

Diálogo interreligioso y presencia social de la Iglesia

Carlos Amigo Vallejo

Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla

Pocos días antes de que dieran comienzo las sesiones del concilio Vaticano II, regresaba de Roma. Es decir, que nada más terminar unos estudios tenía que ir preparándome para conocer y asumir unos planteamientos nuevos sobre la vida y ministerio de la Iglesia. En diciembre de 1973, fui nombrado arzobispo de Tánger por el Papa Pablo VI. Apenas habían pasado unos pocos años de la clausura del concilio Vaticano II. Sería necesario comenzar de nuevo, pues se trataba de un oficio para el que ordinariamente uno no se prepara. Además, tenía que desarrollar el ministerio episcopal en el territorio de una diócesis donde la inmensa mayoría de la población era de religión musulmana.

Estábamos en esa etapa de asimilación del concilio. ¿Cómo ha influido en mi ministerio episcopal la doctrina y las actitudes pastorales que llegaban del Vaticano II? Habrá que considerar dos etapas:

arzobispo de Tánger y arzobispo de Sevilla. Largos años de vida y ministerio episcopal en unas diócesis completamente distintas.

El diálogo interreligioso

La riqueza doctrinal, litúrgica, catequética y pastoral que ha emanado de los trabajos del concilio es ingente, pero todavía, y en gran parte del pueblo cristiano, sin conocer y asimilar suficientemente. Constituciones, declaraciones y decretos respondían a las grandes cuestiones de la fe y de la presencia de la Iglesia en la sociedad. Las cuatro constituciones son como los pilares fundamentales sobre los que se edifica, se celebra y se vive la fe cristiana en medio del mundo: la revelación como fuente de la fe; la Iglesia como sacramento de salvación universal; la liturgia y la celebración de los misterios de Cristo; el servicio de la fe en medio de las realidades de nuestra historia.

En la diócesis que se me encomendaba, vivían unos cinco mil católicos diseminados en una vasta región del norte de África y en medio de una población de tres millones largos de musulmanes. Era, sin embargo, el obispo quien había de ocuparse de unos y de otros, aunque en tareas muy diferentes, pero teniendo siempre en cuenta que el Evangelio es la fuente de inspiración de cualquier actividad episcopal.

La doctrina del Vaticano II y las actitudes que propiciaba iban a ser la gran ayuda para el desarrollo del ministerio. Y particularmente con el decreto *Ad gentes*, la declaración *Nostra aetate* y la encíclica de Pablo VI *Ecclesiam suam*. La Iglesia manifestaba su vocación universal de llegar a todos los pueblos, pues es misionera y tiene el deber de anunciar el mensaje de Jesucristo a la humanidad entera.

En el decreto *Ad gentes*, la Iglesia expresa su voluntad de ser instrumento y signo de unidad entre todos los hombres, con el fin de formar la comunidad de los hijos de Dios. Valora y respeta los bienes espirituales y morales de otras tradiciones religiosas. Exhorta a los cristianos a un diálogo sincero con los no cristianos y a no olvidar la responsabilidad de anunciar a Cristo.

El Concilio, al hablar de la misión de la Iglesia, lo hace en referencia al diálogo, interesándose más por los hombres que por las ideas. La gran novedad fue el cambio de actitud. La Iglesia está presente entre los musulmanes, convive con ellos y participa en su vida cultural y social, conoce sus tradiciones y siempre recuerda la semilla del Verbo latentes entre todos los hombres (cf. *Ad gentes* 11).

La declaración *Nostra aetate* es el gran documento conciliar sobre el diálogo interreligioso y la declaración acerca de las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas. Es un documento breve e importante. Para algunos, el que refleja la verdadera dimensión universal y fraterna del concilio. Factores diversos y algunos acontecimientos de aquellos días influyeron en la redacción del texto. Viajes de Pablo VI a Oriente Medio, a los Santos Lugares (4/6-1-64) y Bombay (2/5-12-64), la creación del Secretariado para los no cristianos (17-5-64) y la encíclica *Ecclesiam suam* (1-8-64).

En un primer momento se pensaba casi únicamente en los judíos, después se hablará de los musulmanes y de otras religiones no cristianas. Tampoco pretendía hacerse un estudio teológico sobre las religiones no cristianas y su relación y diferencia con el cristia-

nismo, sino exponer lo que los hombres de las distintas religiones tienen en común para promover el diálogo y la colaboración entre todos. El 28 de octubre de 1965, el Concilio lo aprobaba y Pablo VI promulgó la «Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas». La Iglesia quiere fomentar la unidad y la caridad entre los hombres y también entre los pueblos, considerando lo que tienen en común y les conduce a la mutua solidaridad. Dios es el origen y el fin de todo.

Apenas habían terminado las sesiones del concilio y ya comenzaban los distintos organismos de la curia romana y las Conferencias episcopales a preparar los instrumentos necesarios para llevar a cabo la renovación que pedía el concilio. De una forma particular, y en primera línea de importancia, hay que situar la encíclica *Ecclesiam suam*, que puede considerarse como la carta magna del diálogo. El mismo Pablo VI (*Audiencia* 6-8-64) exponía la finalidad y hacía el resumen del documento: que la Iglesia tome conciencia de sí misma y de su misión, de la necesidad de renovación y de su camino apostólico.

El diálogo con el mundo es imprescindible. La Iglesia se hace palabra, mensaje y coloquio. Un

diálogo de salvación, lejos de toda coacción externa y caminando entre, «los legítimos caminos de la educación humana, de la persuasión interior y de la conversación ordinaria». Pablo VI expone, con admirable pedagogía, las características del diálogo: claridad, inteligibilidad, afabilidad, confianza y prudencia pedagógica. El diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo, se ofrece la verdad con la caridad. «Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso. Confía en el valor de la propia palabra y en la disposición para acogerla por parte del interlocutor. Promueve la familiaridad y la amistad; busca el bien y excluye el egoísmo. Con el diálogo así realizado se cumple la unión de la verdad con la caridad y de la inteligencia con el amor» (cf. *Ecclesiam suam* 29-31).

El diálogo interreligioso tiene una condición imprescindible: la libertad religiosa y la lealtad a la propia identidad creyente. Sin libertad, cualquier posibilidad de comunicación está secuestrada. El hombre queda atrapado por los impedimentos, externos o interiores, que bloquean la interrelación.

Si se pretende camuflar la propia identidad, el diálogo resulta falso, engañoso y fraudulento. Si esconde la realidad de creyente y el diálogo interreligioso carece de inter-

locutor. No hay verdadero encuentro e intercambio de la experiencia religiosa y se tendría la impresión de estar utilizando a la persona con una finalidad interesada y oculta.

El diálogo auténtico supone no sólo una simpatía por el otro, sino conocerlo tal como él mismo quiere ser. Y cuanto más se valore al otro tal como es, más nos daremos cuenta de la esperanza que hay en cada uno. Solamente aprendiendo a leer en el alma de todo hombre se descubre que en ella hay un valor religioso común. Este es el «diálogo de la vida», de la convivencia, de la misericordia, de la solidaridad, del testimonio, de la experiencia religiosa.

Presencia de la Iglesia en la sociedad

En mayo de 1982 llegaba, enviado por Juan Pablo II, a Sevilla. Una diócesis con cerca de dos millones de cristianos y una muy reducida población musulmana, compuesta en casi su totalidad por inmigrantes. Las constituciones *Lumen gentium* y la *Gaudium et spes* tenían que ser una referencia constante en el ejercicio del ministerio episcopal.

Con la *Lumen gentium* la eclesiología había quedado renovada. Así

lo admitieron incluso los teólogos más conservadores. No dudaban en considerarla como la carta magna del concilio Vaticano II. El pueblo de Dios era el protagonista al que todos los ministerios habían de servir. La comunión resplandece en la unidad y la Iglesia particular queda reforzada en la colegialidad. Si es sacramento de salvación universal, la vida y ministerio de la Iglesia está en función de ese cometido salvífico que tiene que llevar a cabo. La Iglesia es una comunidad formada por todos aquellos que han recibido el bautismo, pero su vocación es universal y misionera. Al mismo tiempo visible y espiritual, carismática y con unas estructuras necesarias para estar presente en la vida social. La constitución sobre la Iglesia termina con un capítulo dedicado a la santísima Virgen María, madre de la Iglesia.

Pero la Iglesia no está fuera de este mundo. Así lo recordaba, una y otra vez, la constitución pastoral *Gaudium et Spes*. Acepta la autonomía de lo temporal, pero no puede dejar de ofrecer aquello que se le ha dado. En la memoria de los padres conciliares pesaban mucho algunos documentos importantes sobre la doctrina social de la Iglesia (*Rerum novarum*, *Quadragesimo anno*, *Mater et magistra*, *Pacem in terris*). Es necesario estar en el mun-

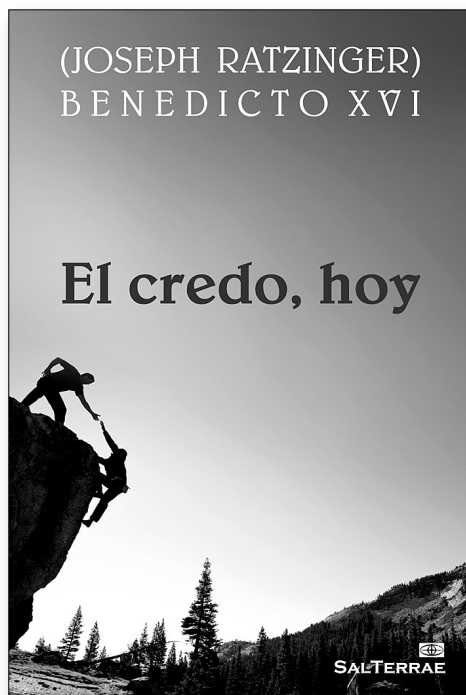
do y dialogar con el mundo, no para claudicar ante los imperativos de la ilustración o del modernismo, sino para ofrecer su doctrina social, en la que aparecen, de un modo muy significativo, todo lo que se refiere a la justicia, a la paz y al servicio de los más pobres. «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentra eco en su corazón» (GS 1). La dignidad de la persona, sus derechos y presencia del mundo, así como los problemas más vivos de la sociedad, la familia, la cultura y la vida política, la cooperación entre los pueblos y la paz ocupan capítulos muy importantes.

Después, los papas del concilio y del posconcilio, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II se encargaban de ofrecer un abundante y precioso magisterio. Solamente hace falta recorrer algunos títulos,

como pueden ser *Mater et Magistra* y *Pacem in terris*, en los que Juan XXIII trata de la cuestión social y la doctrina de la Iglesia, así como de la paz y su fundamento en la verdad, la justicia, el amor y la libertad. *Populorum progressio* y *Octogesima adveniens*, de Pablo VI, que hablan de la necesidad de promover el necesario desarrollo de los pueblos, así como de la actualidad de la *Rerum novarum*. Juan Pablo II nos regalaba especial magisterio, sobre esa relación entre la Iglesia y el mundo, en las encíclicas *Laborem exercens*, *Sollicitudo rei socialis* y *Centesimus annus*, donde encontramos importantes reflexiones sobre el trabajo humano y los grandes problemas sociales de nuestro tiempo.

A los cincuenta años del comienzo de las sesiones del Vaticano II, no sólo está vigente la doctrina del concilio, sino que cada día es más actual y con un futuro al que podemos aplicar las palabras de la Escritura: «Tu pasado parecerá insignificante el lado de tu espléndido futuro» (*Job* 21, 7). ■

editorial 
SALTERRAE



(JOSEPH RATZINGER)
BENEDICTO XVI

El credo, hoy

264 págs.
P.V.P.: 20,00 €

¿En qué creemos los cristianos? ¿Qué sentido tiene ser cristiano? ¿Qué es lo que proporciona orientación a nuestras vidas? La respuesta cristiana a estas preguntas se encuentra en el credo, en la profesión de fe. Pero ¿no hace tiempo que el Credo ha quedado anticuado? Este libro reúne contribuciones hasta ahora dispersas de Benedicto XVI, en las que el por entonces afamado teólogo comenta y explica de forma nueva los artículos del símbolo de la fe. Al hilo de tales reflexiones se nos abre la posibilidad de asomarnos no solo al credo más personal de Joseph Ratzinger, sino también a los contenidos fundamentales del cristianismo: la fe, la esperanza y el amor.

Comentario ecuménico desde la perspectiva protestante

Alfredo Abad Heras

Pastor protestante. Secretario general de la Iglesia Evangélica Española (IEE)
E-mail: aabad@moebius.es

El Concilio Vaticano II es para los protestantes una referencia importante por la coincidencia de propósito en la «reforma de la Iglesia». Aunque en su día se le denominó *aggiornamento* para evitar el término «reforma», nos sentimos identificados con las palabras de Juan XXIII, que describía así lo que debía ser el magno encuentro:

- *El Concilio quiere situar a la Iglesia sobre un pedestal. No para ofrecerle el incienso de sus alabanzas, sino para contemplarla cara a cara y preguntarle abiertamente: «Iglesia, ¿quién eres? ¿Qué piensas y qué dices de ti misma?».*
- *El Concilio pretende abrir de par en par las ventanas de la Iglesia para que pueda entrar en ella aire fresco.*

Este planteamiento es el que generó espacios y encuentros para que el Vaticano II fuese una apertura real a la construcción, por parte

católica, del movimiento ecuménico. No obstante, la recepción en medios protestantes de la época fue ambigua: por una parte, había desconfianza hacia lo que significaba de verdad el Vaticano II y, por otra, se señalan signos reconocibles de un cambio de signo.

Respecto de los primeros, comenta el pastor Enrique Capó en la revista oficial de la Iglesia Evangélica Española la visita de Pablo VI al Consejo Mundial de Iglesias en Ginebra: «Pablo VI ha querido ser fraternal y franco al mismo tiempo y, en un elevado porcentaje, lo ha conseguido. Lo que nosotros quisiéramos es encontrar esta misma franqueza en nuestros propios ambientes ecuménicos»¹. En cuanto a los segundos, en la misma pu-

¹ Carta Circular n.º 209, mayo-junio 1969. Editado por Iglesia Evangélica Española, Barcelona. Sección «La Actualidad», *Pablo VI visita Ginebra*. Enrique Capó i Puig.

blicación² se valoraba una carta dirigida por el mismo Pablo VI a monseñor Morcillo, arzobispo de Madrid-Alcalá con ocasión del 50 aniversario de la consagración de España al Corazón de Jesús, alabando la ausencia de triunfalismo al no hacer uso de expresiones del tipo «España católica» y, justo lo contrario, se apreciaba la fidelidad al Concilio y a la marcha de la historia, precisamente en un evento de unión entre el trono y el altar.

Notas para hoy del Concilio Vaticano II en su 50 aniversario

En este otro 50 aniversario del Concilio Vaticano II me parecen dignos de reseñar algunos elementos de aquellas reacciones de la Iglesia protestante española: por una parte, la necesidad de que esos aires de renovación sigan inspirando la unidad de la Iglesia y, por otra, que realmente lo vivido en el Concilio siga manteniendo abierta la puerta de una esperanza renovada dentro de la Iglesia Católica en diálogo de «franca fraternidad», en palabras de Pablo VI en su visita al Consejo Mundial de

² Carta Circular n.º 209, mayo-junio 1969. Editado por Iglesia Evangélica Española, Barcelona. Sección «Recortes de prensa», *Sin triunfalismos*.

Iglesias, con las iglesias protestantes.

Con Santiago Madrigal³ y Hans Küng⁴ opino que uno de los aspectos más importantes del Concilio Vaticano II fueron su vivencia, sus debates, su propia tensión en las comisiones y su resolución en los documentos de debate. Estos dos autores, el uno estudioso del Concilio, el otro testigo directo, alaban la libertad con la que el Concilio pudo expresarse, lo que fue la gran intuición de Juan XXIII. En palabras de Küng: «Lograr la renovación de la teología y de la iglesia y el entendimiento ecuménico. Y para ello es básico la libertad de la Iglesia»⁵.

Considero que el proceso y el método de trabajo que se desarrolló en el Concilio en base al principio de colegialidad y a la búsqueda de encontrar una respuesta de la iglesia sobre lo que dice y piensa de sí misma fue un ejercicio más que necesario en la Iglesia Católica de hoy en su vertiente institucional. Al menos en el ámbito de nuestro país se ha vuelto a poner al día lo que el pastor Enrique Capó ya se-

³ S. MADRIGAL, *Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado*, Ed. Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 2012.

⁴ H. KÜNG, *Libertad conquistada, memorias*, Ed. Trotta, Madrid 2002.

⁵ KÜNG, *Ibid.*, 585.

ñaló, la necesaria franqueza en nuestros ambientes ecuménicos mediante el reconocimiento formal de la pluralidad religiosa de nuestra tierra y la creación de los instrumentos adecuados, como un Consejo Nacional de Iglesias.

Con esta posición crítica a su actual recepción en los ámbitos oficiales no señalo la ausencia total de franqueza y fraternidad. La hay, la ha habido y ha dado numerosos y relevantes frutos en nuestro país. Desde 1954 en España había una actividad ecuménica⁶, liderada por sacerdotes y laicos católicos, junto a varios pastores protestantes en Barcelona y Madrid. Con todo, todavía se perseguía al protestantismo y no había en España ni atisbo de libertad religiosa. No obstante, ese incipiente movimiento ecuménico estaba vivo e iría tomando nuevas fuerzas con el Concilio hasta convertirse en el caso de muchos católicos por medio de actuaciones francas y fraternas en algo irreversible.

La presencia protestante en el Concilio Vaticano II

Una de las características importantes del Concilio fue el que se

⁶ J. L. DIEZ MORENO, *Historia del ecumenismo en España*, Ed. San Pablo, Madrid 2008.

atrebiese a invitar a representantes de otras confesiones. De parte de los protestantes, tres personas acudieron al Concilio Vaticano II, Visser't Hooft, secretario general del Consejo Mundial de Iglesias; Lucas Visser, miembro de la Comisión de Fe y Orden del Consejo Mundial de Iglesias, y el teólogo Oscar Cullman. El teólogo Karl Barth también fue invitado, pero problemas de salud impidieron su presencia, aunque volveremos sobre su apreciación del Concilio.

Los tres estuvieron muy cerca del Concilio, no sólo por su presencia, sino por lo que éste dejó en su ministerio posterior. Buscaron en el campo ecuménico la apertura de los católicos y protestantes, recibiendo muchas veces un fuerte rechazo dentro de sus propias confesiones.

Visser't Hooft dijo que el ecumenismo era y es una cuestión de actitud, de nuestra manera de pensar. Cuando en su vejez le preguntaron si seguía manteniendo la misma opinión, contestó que sí, aun cuando éste se estaba vaciando de contenido; cuando dos cristianos, decía con humor, se reunían a tomar el té, se calificaba como un evento ecuménico. En realidad, reconocía, seguimos estando lejos de la unidad esencial. Nuestras respectivas conciencias cristianas nos lo impedían.

La historia, trabajos y desvelos de las grandes figuras del ecumenismo, mujeres y hombres, debe dejar en nosotros una huella profunda para que, como proclamó con el Concilio Juan XXIII, no hagamos oídos a los profetas de calamidades; pero al mismo tiempo debe sobrecogernos también la profundidad y grandeza del desafío que tenemos que afrontar, sin concesiones, para avanzar en una iglesia cristiana más unida.

El entonces Secretario General del Consejo Mundial de Iglesias no recibió al principio el Concilio más que como una nueva maniobra de Roma para llevarnos a su seno, aunque posteriormente rectificó afirmando que el Concilio había sido una renovación radical de la Iglesia Católica al aceptar el ecumenismo. Mantuvo relaciones de amistad en holandés con el cardenal Wildebrands. Su gran preocupación fue siempre la unidad basada en Cristo. «Vosotros decís que Cristo es la respuesta. Yo digo Cristo es la pregunta», declaraba en la India en 1952.

Lucas Visser, miembro desde 1961 del equipo de la Comisión de Fe y Orden del Consejo Mundial de Iglesias y director de la misma de 1965 a 1979, participó como observador en el Concilio Vaticano II y estuvo muy activo en el grupo conjunto de estudio patrocinado por el

CMI y la Iglesia Católica. Fue también moderador del departamento de teología de la Alianza Reformada Mundial de 1982 a 1989. En este sentido el pastor suizo no sólo trabajó en el marco del movimiento ecuménico para la unidad de los cristianos, sino también para la unidad de las iglesias reformadas en el marco de la Alianza Reformada Mundial. Como teólogo estuvo muy activo en numerosos procesos ecuménicos, en particular en el estudio «Bautismo, Eucaristía y Ministerio» (Lima 1982). Henri Tincq señala una expresión de Lucas Visser cuando afirma que «para el tercer milenio no hay que unirse en torno al papa, sino en torno a Cristo». También como parte de su causa por la unidad dijo: «La iglesia dividida presenta al mundo un Evangelio contradictorio». En este sentido fue defensor del término «catolicidad», argumentando que habría que redescubrir lo que significa y liberarlo del empobrecimiento y de la reducción de la que ha sido víctima en el curso de la historia de la iglesia.

Pablo VI calificó a **Oscar Cullmann** como uno de sus mejores amigos, reconociéndole al mismo tiempo su contribución a la orientación bíblica, cristocéntrica e histórica de la teología conciliar. Los elogios del entonces cardenal Ratzinger a uno de sus libros sobre la

unidad le valieron al cardenal la crítica de protestante y de «discípulo de Cullmann», acusándole de hablar por él. Cullmann, por su parte, tenía también un elevado concepto de Ratzinger al que calificó de teólogo experto y con el que mantuvo una vasta correspondencial. Quienes realizan esta crítica (Francesco Ricossa) rechazan el ecumenismo y el Concilio como un «cuerpo extraño» a la Iglesia Católica.

De 1962 a 1965, Cullmann fue observador en el Concilio Vaticano II, gracias a la invitación del papa Pablo VI, con quien tuvo lazos de amistad. Años antes ya se le relacionó con Pío XII. En 1965 fue uno de los fundadores del Instituto Ecuménico de Teología Tantar, en Jerusalén. En 1995 recibió el Premio del Instituto Pablo VI, en Brescia (Italia), por su compromiso en favor del ecumenismo y por el esfuerzo de confraternización de las iglesias de la reforma con la confesión católica. Por su trayectoria, Cullmann puede ser considerado como uno de los pioneros del ecumenismo, labor que le llevó a colaborar también con la iglesia ortodoxa. Cullmann propone un modelo de unidad fundado en la convicción que la diversidad de las iglesias está ligada a los carismas que cada una ha recibido del Espíritu, y en su libro *Les voies de*

l'unité chrétienne (Paris 1992) formula el proyecto de una «comunidad de iglesias autónomas» que se reunirían en una «asamblea conciliar». En su libro *Estudios de teología bíblica* (Madrid 1973), en la introducción, fechada en la edición suiza en 1967, comenta con satisfacción que su escrito sobre la tradición (1953) fuese utilizado durante los debates conciliares y hasta la sesión plenaria en los que se abordó la «Revelación divina».

Karl Barth visitó Roma después del Concilio para trabajar *in situ* sobre la profusa documentación dejada por el mismo⁷ y, aunque es crítico con la declaración sobre la libertad religiosa, ya que la reconoce sobre todo como una libertad que reclama para sí la Iglesia Católica y no como una posición firme y decidida a favor de la libertad, sí que le concede al Concilio el estar inscrito en la historia y ser verdaderamente un Concilio de «reforma».

Conclusión

La memoria de este cincuentenario corre paralela al desarrollo y expansión del movimiento ecuménico.

⁷ K. BARTH, *Entretiens a Rome après le Concile*, Cahiers Théologiques, Ed. Delachaux et Niestlé, Neuchâtel 1968.

co. Los resultados del Vaticano II son una realidad en toda la iglesia cristiana y en particular en cómo se vive a sí misma la Iglesia Católica con vocación ecuménica. Quedan retos que afrontar, especialmente frente a los movimientos de contrarreforma de la *Dominus Iesus* y frente a algunas actitudes institucionales, particularmente en el retroceso sufrido en nuestro país, precisamente cuando más ha crecido la pluralidad del panorama religioso español.

Sin embargo, tanto el movimiento ecuménico hacia la unidad de la Iglesia, cuanto la renovación vivida por la iglesia católica en el Concilio no tienen marcha atrás. Son posiciones de fe que viven en la medida en que muchas mujeres y hombres creyentes se reconocen hermanos y hermanas con franqueza. La apertura ecuménica puede parecer lo que más nos preocupa del Concilio como protestantes; desde mi punto de vista, es la renovación de la iglesia. ■

Vaticano II: Encuentro entre lo esencial y lo existencial

Jesús Renau, SJ

Profesor de Teología Espiritual en ISCREB

E-mail: jrenau@jesuites.net

Karl Rahner en uno de sus primeros escritos dijo: «Toda dogmática católica habrá de ser teología esencial y existencial». Esta frase podría darnos una buena clave para interpretar de forma sintética el proceso del Concilio Vaticano II.

El intento de los que prepararon el Concilio iba a lo esencial, entendido especialmente como una formulación de determinadas dimensiones de la fe en gran parte desde la interpretación escolástica tradicional.

Los obispos, venidos de todo el mundo, con su enorme bagaje pastoral, intentaron fusionar a lo esencial la dimensión existencial, la experiencia del ministerio. El encuentro de las dos dimensiones en gran parte renovó la Iglesia. La experiencia pastoral mundial, representada por los obispos y ayudada por grandes teólogos, provocó, como don del Espíritu Santo, que el Vaticano II marcara para la Iglesia

un antes y un después. Una gran parte de los primitivos esquemas de la Curia resultaron inactivos.

Desde el principio las sesiones del Concilio mostraban una notable fuerza interior, la pasión para unir determinados dogmas con la realidad misionera, pastoral y evangelizadora que aportaban la mayor parte de los más de dos mil obispos venidos de todos los continentes de nuestro mundo. Su preocupación fundamental eran las iglesias locales que tenían confiadas, eso sí desde el horizonte de la Iglesia universal, representada en el aula conciliar. Los encuentros de unos con otros, las largas conversaciones sobre lo que se estaba viviendo en el mundo entero, las consultas con los teólogos, las dificultades, los aciertos... iban despertando una dimensión pastoral que acabó definiendo el Concilio como especialmente pastoral. Fue un notable acierto del Santo Padre Juan XXIII convocarlos a todos, in-

tuyendo que en la mutua comunión y comunicación iba a surgir un estilo nuevo y profundo para orientar la Iglesia hacia una sociedad que estaba en tiempo de búsqueda con un aire de cierto optimismo confiado. El mismo Papa lo concretó con aquellas memorables palabras «abrir puertas y ventanas de la Iglesia para que entre un aire fresco renovador». Sí, ciertamente, entró este aire nuevo, refrescante, no sólo en los trabajos y el aula conciliar, sino en gran parte de las comunidades y del Pueblo de Dios de Oriente a Occidente y de Norte a Sur. Por un tiempo acallaron aquellas voces que Juan XXIII lo definía como los «profetas de calamidades».

A los de aquella generación el Concilio nos ha dejado en lo más profundo de nuestro espíritu un aroma de renovación y actualización de la Iglesia del que no podemos prescindir por mucho que los tiempos actuales en parte no respondan a aquellas expectativas.

Pronto se notó una cierta división entre los padres conciliares, una mayoría partidaria de afrontar y dar la cara a las cuestiones teológicas, morales y pastorales, y una minoría a la defensiva de los postulados de siempre, temerosa de que la Iglesia rompiera con su misma tradición. Ambos sectores recibían el asesoramiento de ex-

pertos y teólogos. Muchos de los documentos del Concilio muestran esta división, esta doble tendencia, porque había también un ambiente de fraternidad que facilitaba las correcciones y cesiones. Por esto actualmente todos pueden citar el Concilio, cada uno según determinados párrafos que fueron discutidos y a veces llegaron a consenso si bien otras veces no lo alcanzaron, como lo muestran las votaciones que constan en las actas. Pero esto no es nuevo ni tan sólo lamentable. El profesor Oriol Tuñí, SI, experto en el Nuevo Testamento, suele repetir que la Iglesia es plural desde el siglo I, como consta ya en los escritos inspirados de Nuevo Testamento.

Más allá de la letra está el espíritu. El Vaticano II dejó documentos importantes sobre la liturgia, la Iglesia, la relación con el mundo actual, etc. Y nos dejó el espíritu conciliar.

Este espíritu es un legado fundamental que nos alienta a poner gran atención a la realidad personal, social, política y científica. Es un espíritu de libertad, de diálogo, de fraternidad aun en opiniones diversas, de apertura ecuménica, de análisis de la cultura, de opción por los sectores empobrecidos y explotados, de optimismo en el Espíritu Santo, de esperanza y de

Vaticano II: Encuentro entre lo esencial...

reconciliación. Este espíritu del Vaticano II es un legado que debemos transmitir a las generaciones actuales y es sin duda el aire que moverá a la Iglesia hacia un Vaticano III que vuelva a dialogar con la sociedad y con las religiones, porque tenemos muchos temas pendientes y también la sociedad no encuentra respuesta válida y

honda para tantas crisis que la atenazan.

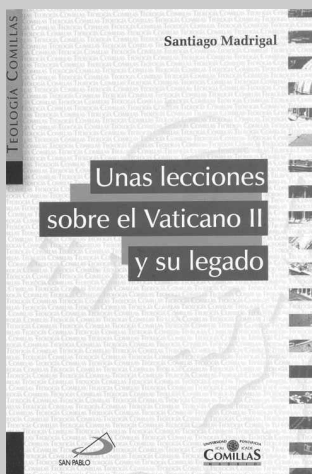
En el futuro –y ojalá también hoy mismo– habrá que volver a sentarse y a poner sobre la mesa lo esencial y lo existencial, con buena voluntad, simpatía y respeto para intentar sanar las heridas y llegar a nuevos encuentros. ■

Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado

Santiago Madrigal

«El Vaticano II ha entrado en la historia como el "concilio de la Iglesia sobre la Iglesia" (K. Rahner), portando el estandarte de la renovación y reforma hacia dentro y de la apertura hacia afuera en diálogo con el mundo moderno. Este libro ha nacido con la intención primaria de contrarrestar su olvido por parte de las nuevas generaciones de cristianos (...).

Y bien, ¿qué queda del concilio Vaticano II cuando está próximo a cumplirse el cincuenta aniversario de su inauguración? ¿En qué medida sus orientaciones de fondo han de seguir marcando la hoja de ruta de la Iglesia católica? ¿En qué ámbitos de la vida eclesial no se ha producido aún una aplicación suficiente de sus directrices? Estas páginas intentan dar una respuesta razonada a estos interrogantes desde el firme convencimiento de que el estudio del concilio Vaticano II es un requisito indispensable para conocer e interpretar la situación del catolicismo romano actual».



Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado

Santiago Madrigal

ISBN:978-84-8468-375-9

Universidad P. Comillas - San Pablo

2012, 456 pp.

SERVICIO DE PUBLICACIONES

INFORMACIÓN

edit@pub.upcomillas.es · <http://www.upcomillas.es> · Tel.: 917 343 950 · Fax: 917 344 570

El Vaticano II: ¿Una oportunidad perdida?

Alfredo Fierro

Teólogo y profesor emérito de Málaga
E-mail: alfredofierro@terra.es

Tengo mala memoria para los hechos, los episodios; y no estoy bien dotado para recordar ni siquiera aquello que pertenece a mi propio pasado biográfico. Además, nunca llevé apuntes memoriales, ni en el día a día, ni en el breve plazo, que luego hayan podido ayudarme a atar cabos en mis escasos recuerdos personales. Y, en fin, el tiempo transcurrido desde el Vaticano II, las informaciones objetivas durante y después de su celebración, los posteriores análisis propios y de otros, se interponen como una pantalla que hace aún más difícil recuperar lo que en su día fue percepción inmediata de su preparación, sus circunstancias, sus consecuencias próximas. No puedo hacer, por tanto, balance o crónica sobre la base de recuerdos personales y ofrecer el correspondiente testimonio. Es un testimonio transido, en todo caso, por el balance crítico que en el medio siglo transcurrido se ha ido sedimentando en mi

pensamiento y que a estas alturas de la vida, purgado ya mi corazón de antiguo teólogo, se ha integrado en ese extenso ajuste de cuentas con la historia cristiana que he tratado de hacer en *Después de Cristo* (Trotta, 2012). Hay en este libro un par de páginas sobre el Vaticano II, tan recientes todavía, que difícilmente puedo desprenderme de ellas al escribir ahora.

Guardo recuerdo nítido de haber seguido en directo, en la plaza de San Pedro, las sucesivas fumatas del cónclave que eligió a Roncalli como Papa y de haberle visto aparecer en el centro del balcón de la basílica como Juan XXIII. También conservo vivo el recuerdo –y una fotografía– de la visita que le hicimos colegiales zaragozanos del Colegio Español de Roma, una media docena, acompañando al arzobispo de Zaragoza, Casimiro Morcillo. Y no he podido olvidar la broma que hizo con uno de ellos, bastante relleno de cintura,

cuando le dijeron que era profesor «de espiritualidad». Roncalli comentó: «Spiritualità non so, ma corporalità ne ha» («No sé si tiene espiritualidad, pero corporalidad, desde luego»).

No fui entusiasta de la llaneza y del gracejo atribuido a Roncalli por anécdotas como esa, verdaderas o apócrifas. Tampoco me satisfizo nunca su lema del «aggiornamento», de actualización, puesta al día. Siempre me pareció una consigna superficialmente moderna, cuando la situación pedía bastante más que puesta al día; pedía, cuando menos, regeneracionismo. En cambio, como la mayoría de los clérigos y los laicos católicos por entonces, puse enormes esperanzas en la convocatoria del Concilio. Aquello parecía el giro necesario para una Iglesia en esclerosis de dogmas y de prácticas. La sesión de apertura del Concilio fue noticia de portada en la prensa de todo el mundo; y aquello hizo pensar a los católicos que la Iglesia, portadora del mensaje de Cristo, alcanzaba de nuevo una audiencia universal. En aquel momento, al interior de la Iglesia, nadie percibió –o al menos yo no lo recuerdo– que la alocución inaugural de Juan XXIII a la asamblea conciliar había sido bastante tradicional y nada rupturista, ni siquiera reformista. La teología más pro-

gresista había definido a la Iglesia como reformable o, más exactamente, «siempre por reformar»: «ecclesia semper reformanda». Pero tras la Reforma luterana, la protestante en general, en el catolicismo no podía hablarse ya en serio de «reforma» alguna y sólo cabía un reformismo suave bajo otros nombres, el del «aggiornamento» u otros.

En los años de celebración del Concilio yo no estaba ya en Roma, sino en una parroquia de un pequeño pueblo aragonés de Los Monegros. No seguí el Concilio en vivo o en directo, sino de muy lejos, gracias al diario *Ya* al que me suscribí, pues no tenía radio, ni televisión tampoco. Así, pues, no tengo impresiones conciliares personales, sólo recuerdos de juicios míos entonces tras la lectura de los documentos. En el «corpus» documental del Vaticano II hay textos de muy distinto tenor; y sí recuerdo que eso lo percibimos muchos desde el principio; y, entre quienes teníamos altas expectativas conciliares, quienes esperábamos que se separara netamente del Vaticano I, ofrecían máximo interés los documentos del diálogo religioso y de la situación de la Iglesia en el mundo.

Mi única experiencia vaticana posterior, algunos años después, fue con motivo de una reunión en Ro-

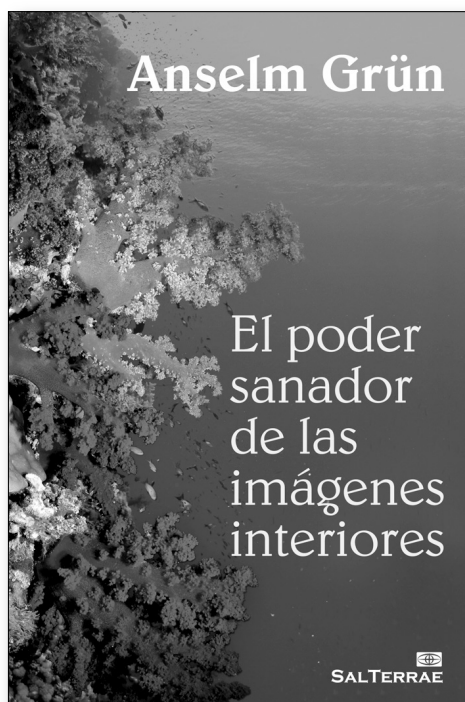
El Vaticano II: ¿Una oportunidad perdida?

ma de sello «demócrata cristiano» –dicho así en aras de la simplicidad– dentro de un grupo español que presidía Joaquín Ruiz-Giménez. Nos recibió en audiencia Pablo VI con una alocución que me dejó decepcionado, por no decir estupefacto. Me pareció estar escuchando a Pío XII y vernos devueltos veinte años atrás. Mientras bajaba las escaleras que llevan al portón de la plaza le comenté a un compañero algo de este estilo: «Hay que preguntar aquí, a la salida, dónde firmar para borrarse de todo esto». Esa experiencia marcó en la trayectoria de mi vida un jalón, entre otros, de progresivo distanciamiento de la Iglesia, que desde aquellas fechas dejó de interesarme.

Más allá de eso, de media docena de recuerdos personales, antes y después del Concilio, a día de hoy sólo tengo el análisis *a posteriori*. Y en ese análisis, encuentro que el Vaticano II, objeto de esperanza de muchos cristianos y también de

expectativas de la Iglesia, cincuenta años después ha pasado a la historia sin dejar apenas rastro. No fue tan progresista como algunos aguardaron y luego han sostenido. No ha dejado en pos suyo huella profunda y permanente. Los dos últimos Papas se han encargado de borrar bien su rastro. Los cambios mayores que introdujo, tales como la liturgia en lengua vernácula y no en latín, se quedaron en arreglos de cosmética. Las cuestiones mayores que conciernen al catolicismo, sean de orden interno (celibato sacerdotal, ordenación de las mujeres) o de orden externo (cuestiones de bioética, agonía de la fe), están igual que en 1960. La reforma eclesial sigue pendiente, incumplida, frustrada. Seguramente no era posible proceder más lejos. El catolicismo es incapaz de ello, de verdadera reforma. Eso está en la naturaleza: en sus inercias, sus tabúes, sus bloqueos. Juan XXIII y el Vaticano II mitigaron en algo a Pío IX y al Vaticano I, pero nada más. ■

editorial 
SAL TERRAE



ANSELM GRÜN

**El poder sanador
de las imágenes interiores**

168 págs.
P.V.P.: 16,50 €

Las imágenes interiores, las concepciones que pueblan nuestra mente, tienen un gran poder: entran en contacto con nuestros temores y nuestros anhelos y acuñan nuestra experiencia. Pueden ser saludables, pero pueden también dificultar la vida. Anselm Grün nos invita a activar nuestras imágenes interiores verdaderamente sanadoras, porque podemos utilizarlas para sustituir las series de pensamientos negativos por imágenes beneficiosas. Las imágenes pueden servirnos de señales indicadoras hacia una vida más consciente y auténtica. Y nos permiten ponernos de acuerdo con nosotros mismos. Lo que importa es identificarlas y utilizar sus energías sanadoras.

Evocación del Vaticano II

Rafael Aguirre

Profesor emérito de la Universidad de Deusto-Bilbao
E-mail: raguirremon@hotmail.com

Las cuatro sesiones del Vaticano II coincidieron con mis cuatro años de estudios de teología en la Universidad Gregoriana de Roma. Residíamos en el Colegio Español un nutrido grupo de seminaristas y también se hospedaban la mayoría de los obispos españoles durante las sesiones conciliares. Llegué a Roma por vez primera el 10 de octubre de 1962 y el día siguiente, el 11, presencié en la plaza de San Pedro la procesión de los más de dos mil obispos que entraban en la Basílica para comenzar el Concilio. Los debates conciliares alcanzaron inmediatamente una viveza inusitada, que sorprendió a la curia romana, que pensaba que las declaraciones que había preparado iban a ser dócilmente suscritas por los obispos del mundo entero. Una curia italianizada y cooptada durante siglos había configurado una Iglesia centralizada y piramidal, cerrada ante la cultura contemporánea y enrocada en un concepto estrecho y posesivo de la verdad.

Pero en el aula conciliar la espita se abrió y se levantaron voces de obispos preparados, bien asesorados y con prestigio que obligaron a replantear las cuestiones y ampliar los temas. Lo que pasaba en el aula trascendía inmediatamente a la opinión pública. En el Colegio Español todas las noches Cipriano Calderón, jefe de la sección de lengua española de la oficina de prensa, nos daba una información exhaustiva de los acontecimientos del día. La ebullición teológica era enorme. Se sucedían las conferencias de Rahner, Congar, Schillebeeckx, Küng, Ratzinger, etc., que estaban en Roma como consultores del concilio o de algunos padres conciliares. Un foro destacado era el Colegio Brasileño, porque su episcopado era numeroso y singularmente abierto. El Vicariato de Roma dio una norma prohibiendo la asistencia de los seminaristas a estas conferencias, que solían estar de bote en bote. Obviamente no le hicimos ni caso. Y

Evocación del Vaticano II

es que el Concilio cogió de sorpresa a la curia vaticana, pero fue la salida a la luz de un movimiento teológico, litúrgico y pastoral, que con rigor, tenacidad y entre incomprendiones y sufrimientos se había ido gestando en el seno de la Iglesia. Cuando el Concilio ya se acercaba, los sectores teológicos romanos afines a la curia lanzaron un gran ataque contra el Instituto Bíblico, porque temían las consecuencias de los métodos críticos en los estudios bíblicos; dos beneméritos profesores, Lyonnet y Zerwick, fueron apartados de la docencia. Al poco de iniciarse el Concilio, la defensa de la tesis doctoral de N. Lohfink, se convirtió en un gran acto de solidaridad con el Bíblico de muchos y destacados padres conciliares y teólogos. En una visita a la Gregoriana, Benedicto XVI recordó públicamente su participación en aquel acto. Yo también estuve; además me escapaba de muchas clases de la Gregoriana para colarme en otras del vecino Bíblico, en el que posteriormente me inscribiría. En torno a la Biblia se echó un pulso decisivo (la *Dei Verbum* fue la primera constitución que se empezó

a discutir en 1962 y no se aprobó hasta la última sesión de 1966) y confieso que me orienté hacia los estudios bíblicos porque veía en ellos un lugar clave de confrontación con la cultura y de posibilidad de renovación de la teología y de la vida cristiana.

En el Concilio se articuló una doble visión de la Iglesia: hacia dentro subrayando la participación y la colegialidad; hacia fuera una Iglesia que hace suyos «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren». Algunos nos hicimos curas porque nos creímos esto. Ahora dicen que la nuestra resultó una mala hornada. Sin duda hemos cometido muchos errores, pero lo peor es que la dinámica conciliar se vio pronto paralizada y, después, revertida. Muchos que ahora hablan de fidelidad al Papa y se consideran intérpretes del Vaticano II atacaron durísimamente a Juan XXIII y se opusieron al espíritu conciliar desde el primer momento. Y esto es también parte de mi evocación personal y directa del Vaticano II vivido en Roma. ■

Memoria personal del Vaticano II

Julián Abad Caja

Redactor de la revista *Razón y Fe*
E-mail: abadju2@hotmail.com

Tenía 20 años y estudiaba segundo de Teología en el seminario de Huesca aquel 25 de enero de 1959, festividad de la *Conversión de san Pablo*, cuando **Juan XXIII** decidió convocar un concilio. La incomunicación de los seminaristas con el exterior era tal que no me enteré de este anuncio hasta varios días después, en la clase de *Historia de la Iglesia*, en la que el profesor, don **Benito Torrellas**, rechoncho y bondadoso como el papa, nos informó la intención papal con gran entusiasmo. Salí de clase como una moto que cuanto más aceleraba –lo hice durante varios años–, más fuertes salían por mi tubo de escape ideas y expresiones absolutamente nuevas que estaban reprimidas en los deseos ocultos de muchos de nosotros y que salían a borbotones a la superficie por la espita que habían abierto Juan XXIII y los cardenales que entonces considerábamos **vanguardia de la Iglesia** (Alfrink,

Suenens, Lercaro, Bea, Agagian): «Iglesia está encastillada en sí misma, tiene necesidad de *aggiornamento* y conversión, el orden temporal es autónomo respecto de la Iglesia, los cismáticos y herejes son nuestros hermanos separados, etc.».

Alas para mi prisa

Tan novedoso, y atractivo, era el mensaje que se tambaleaban muchos hábitos inveterados. Sólo unos días antes, durante el paseo de los jueves, unos jóvenes bien trajeados –hoy los reconocería como Mormones o Testigos de Jehová– pusieron en nuestras manos muchos ejemplares de una revista cristiana y unos pocos del Nuevo Testamento. Inmediatamente, el prefecto de disciplina, tras comprobar que ambas publicaciones carecían del preceptivo *Nihil obstat*, las requisó y, tras una

fuerte reprimenda por aceptarlas y una seria advertencia sobre los peligros de tener contacto con los «protestantes», ordenó su destrucción. Yo, que operaba ya en clave conciliar, pensé que aquella pira era uno de los últimos estereotipos del mundo antiguo. Estaba seguro de que el concilio era la llave que abría la puerta de un tiempo nuevo y clausuraba definitivamente la época de cristianidad y la inquisición residual que aún anidaba en muchas mentes.

El aire fresco que venía de Roma aceleró mi descubrimiento de la libertad cristiana para plantear en la palestra pública una serie de temas considerados tabú: la salvación, la unión de los cristianos no mediante excomunión/absorción, diálogo ecuménico, el reconocimiento de «semillas del Verbo» en las religiones no cristianas, la libertad de investigación científica y cuestiones disciplinares que nos preocupaban, sin excluir asuntos como el celibato sacerdotal y la ordenación de mujeres. Todo ello significó para mí comprometerme a fondo con la voluntad del papa de hacer a la Iglesia, es decir, de hacerme yo mismo, «capaz de transmitir el Evangelio en los nuevos tiempos (un *aggiornamento*), buscar los caminos de unidad de las Iglesias cristianas, buscar lo bueno de los

nuevos tiempos y establecer diálogo con el mundo moderno centrándose primero “en lo que nos une y no en lo que nos separa”».

Confirmación y primer jarro de agua fría

Tan pronto como se aprobó la constitución sobre la liturgia (*Sacrosanctum Concilium*) me lancé inmediatamente a ponerla en práctica y la iglesia de Valfarta, que de mí dependía, se adaptó en pocos meses a las nuevas exigencias litúrgicas: acotamos el espacio del presbiterio y en medio de él levantamos un altar para celebrar la misa de cara al pueblo. Estaba formado por enormes piedras toscamente abujardadas, extraídas de una cantera próxima. El mobiliario (sitial del celebrante, ambones y candelabros) era de madera de olivo viejo, con su vetado natural, sin barnizar ni pintar, únicamente decorados con rudos clavos de forja. Una gran cruz de forja, con dos cristos adosados también de forja, estaba colgada por dos gruesas cadenas a unos tres metros de altura entre el altar y la nave, de forma que tanto el celebrante como los fieles podían mirar de frente a Cristo. La solidez de los materiales expresaba, sin necesidad de explicación, que la reforma era de fondo y hecha para durar.

Las primeras celebraciones en este escenario fueron impresionantes. Se podían cortar la emoción y la fe de los asistentes.

Pocos días después, en un retiro, se levantó **don Alejandro Tricas**, párroco de Siétamo, y tuvo una intervención que me desconcertó. Resumo lo esencial de ella: «Los padres conciliares –dijo– tienen buena intención, pero el Espíritu Santo debió de dejarlos algún rato solos y se han equivocado en algo fundamental. Está bien acercar la liturgia al pueblo, bien el uso de las lenguas vernáculas y bien celebrar la misa como una reunión familiar. Pero con todo ello se corre el riesgo de perder lo esencial de toda religión: lo misterioso, la genuflexión del intelecto humano ante el arcano misterioso de Dios. Quieren acercar a Dios, pero, sin el misterio, Dios no se acerca, se aleja. No me gusta la trivialización de la Eucaristía; se empieza por tomar la comunión después de comer, como si fuera un postre y no el plato principal de nuestro alimento, y se acabará comulgando por rutina, sin la necesaria purificación interior. Me temo que la confesión caerá en desuso con la consiguiente pérdida de la conciencia de pecado». Entonces consideré la argumentación de don Alejandro como simple resistencia al cambio, pero ahora, cincuenta

años después, cuando veo los confesionarios cerrados y la riada de comuniones, me acuerdo mucho de él y no me atrevo a quitarle la razón.

La restauración de mis dudas en Saint Michel de Cuxá

Yo y muchos como yo nos sentíamos tan identificados con la *Gaudium et Spes* que nos pusimos inmediatamente manos a la obra para llevar a la práctica el desmonte del régimen de cristiandad. En el mes de mayo de 1966 nos reunimos en la antigua abadía benedictina de Saint Michel de Cuxá (Prades, Pirineos orientales, Francia) unas decenas de consiliarios de la JOC. Siguiendo el método **Cardijn** (*Ver, Juzgar y Actuar*) llegamos a redactar y firmar un documento en el que apoyábamos firmemente la desaparición de la C de cristiano o Católico de todas las siglas políticas, sindicales y culturales. La Iglesia no debía patrocinar a ningún partido y mucho menos dejarse utilizar por él. Después de firmar el documento, los más radicales llegaron a proponer que meditáramos sobre la conveniencia de que también desapareciera la C de JOC. En ese momento se me abrieron las carnes y se me restauraron las dudas sobre el límite

de la expresión del carácter peregrino y pecador de la Iglesia. Yo me siento liberado del oscurantismo cuando la Iglesia pide perdón por la condena de Galileo y sus muchos errores a lo largo de la historia. Me siento más genuinamente cristiano en una Iglesia po-

bre que en una Iglesia prepotente. Pero no aceptaba entonces y no acepto ahora que los veintiún siglos de cristianismo necesiten una enmienda a la totalidad y tengan que ser desalojados del espacio público o reducidos a la insignificancia. ■

Cosecha del 62

María Dolores López Guzmán

Profesora de Teología de la UPCo
E-mail: md.lopez@upcomillas.es

«¿Quién está dispuesto a enterrarse para que la próxima generación, dentro de treinta años, pueda tener mayor respiro?». «Estamos ante un final de ciclo teológico, en tiempo de otoño, de siembra. Y en tiempo de siembra no se ven por ningún lado las cosechas. La gran cuestión es: ¿estamos dispuestos a sembrar hoy en silencio cuando nada aparece como fruto inmediato?». Olegario González de Cardedal¹ expresaba así su visión de la situación actual de la teología. Palabras que recogen una percepción extendida sobre el escenario en el que la generación posconciliar se mueve.

Que el Concilio Vaticano II ha sido uno de los acontecimientos más importantes de la historia de la Iglesia reciente nadie lo duda. Pe-

ro probablemente su dimensión sea mayor que la de formar parte del conjunto de sucesos relevantes para la vida de los creyentes. Como Nicea (325), Constantinopla (381), Calcedonia (451) o Trento (1545-1563), el Vaticano II se está convirtiendo en un referente insoslayable tanto de la vida de los fieles (consciente o inconscientemente) como de la teología. No es para menos. Tratarse del primer Concilio centrado en reflexionar acerca de la identidad de la propia Iglesia y sobre su relación con el mundo es motivo suficiente, y más aún del modo en que lo hizo, rompiendo con la asfixiante atmósfera de la etapa anterior. Pero la riqueza de temas que debatió, los frentes que abrió y la revolución que supuso, serán difíciles de igualar en términos cuantitativos.

Sin embargo, cualitativamente aún existen campos por explorar. Detalles que entresacar, afirmaciones que aclarar, vidas que rescatar

¹ OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «Entrevista a propósito de la concesión del Primer Premio de Teología J. Ratzinger el 30 de junio de 2011 al teólogo abulense que recibió de manos de Benedicto XVI»: *Vida Nueva* (8-VII-2011), n.º 2761.

(nunca como hasta ahora se habían sacado a la luz la existencia de tantas mujeres interesantes... y las que quedan).

Toca ahondar, actualizar, poner en práctica, volver realmente a las fuentes (no sólo decirlo, sino hacerlo), experimentar los horizontes y los límites de las propuestas, hacer efectivas las conclusiones, reflexionar al hilo de la vida en cada nuevo contexto y en las diferentes culturas... Quizás se refería a eso González de Cardedal cuando calificaba el momento actual como de otoño y de siembra. Curiosamente el tiempo característico del cristiano. Ser sembradores forma parte central de nuestra misión; aun cuando en la realidad convivan igualmente el cultivo y la siega, pues Dios no nos deja solos y el Espíritu va recolectando a su modo (que pocas veces se corresponde con el nuestro, tentado continuamente por el reconocimiento, por lo más llamativo y lo esplendoroso).

¿Fue el Concilio época de siembra o de cosecha? Probablemente las dos cosas. Y en esta aparente época de transición en la que estamos, ¿tiene algo que decir la generación del 62?

A la sombra del Concilio

No es fácil convivir con un padre famoso y eminente, o con una ma-

dre insigne de la que todo el mundo habla bien. Los hijos no suelen tener la misma percepción aun cuando reconozcan las virtudes de los progenitores. Existe un vínculo entre padres e hijos que aporta un prisma con el que mirar las cosas de un modo particular y que merece la pena tenerlo en cuenta.

Los «hijos» del Concilio –los que nacimos a lo largo de los años de su celebración– hemos crecido bajo su enseñanza y su visión del mundo. La primacía de la libertad y de la misericordia de Dios sobre todo lo demás ha formado parte de nuestra infancia de modo natural, sin el «espíritu de conquista» tan característico de aquellos que habían luchado por ese mundo nuevo. Para la gran mayoría de nosotros no hubo infierno amenazante que nos hiciera temer por la integridad eterna de nuestra alma, ni tampoco palabras malditas e impronunciadas (como «pecado», «perdón», «redención» o «reparación») que hubieran castigado a nuestro interior. Por eso podemos escucharlas con otra predisposición.

Es inevitable. La relación con los «superiores» –en nuestro caso el Concilio y sus gentes– siempre está teñida de ambigüedades por muy buenos que sean. Necesitamos tiempo y distancia para reconocer los verdaderos logros, para

hacer nuestras propias conquistas aunque sean más pobres, para independizarnos sin perder la pertenencia, para equivocarnos también.

La sombra del Concilio a veces olvida que lo más valioso que tiene es su poder para protegernos de la tentación del encerramiento y para darnos descanso. Por eso a muchos que intentan vivir con autenticidad el evangelio les resulta chocante escuchar comentarios del tipo: «esto ya no es lo que era»; ya no se respira ese «soplo de aire fresco» que inundó a la Iglesia; «aquellos maravillosos años» son irrepetibles. Expresiones que transmiten desánimo y la convicción de que la generación del posconcilio está inevitablemente destinada a vivir en una zona mediocre y gris. Puede que en algunos casos sea así... de ninguna manera en todos.

Hacen falta palabras alentadoras. Pues el «espíritu del Concilio», al margen de ideologías (de las que andamos sobrados), no es exclusivo de una generación, sino que pertenece a la vida de los que se mantuvieron y mantienen fieles a Dios antes, ahora y siempre.

Quizás no produzcamos cosas brillantes, ni seamos tan combativos e inquietos; es posible incluso que debamos conformarnos con ser de

«Transición» (aunque bien mirado ese capítulo pertenece a las páginas más notables de la política y la sociedad española) pero nosotros somos *la cosecha del 62*; el fruto vivo de un acontecimiento que seguirá marcando la historia. Y lo mejor del Concilio son, sin duda, las personas.

El Concilio de nuestras vidas

Queda mucho por hacer, matizar y descubrir. Tarea de reconciliación y de descubrimiento de lo que nos ha sido dado. Es verdad. Aún así somos capaces de intuir la categoría del legado recibido y del que se nos ha hecho responsables para su difusión y encarnación. No podemos permitir que se cierren de nuevo las puertas que quedaron entreabiertas. Se lo debemos a nuestros padres, madres, sacerdotes, religiosos y tantos amigos que echaron el resto por encontrar el camino de retorno a lo más genuino del evangelio.

No todos los que participaron y vivieron el Concilio fueron buenos embajadores. Demasiada confrontación y extremismos han acompañado nuestra juventud. Pero haber conocido a algunos de los mejores es motivo de agradecimiento permanente y una gran responsabilidad.

Todo siglo que se precie cuenta con un Concilio en su haber. La lista de concilios ecuménicos a lo largo de la historia de la Iglesia suma veintiuno (veintidós si incluimos la Asamblea de Jerusalén, que bien lo merece). Uno por siglo, aunque en algunos se han celebrado más, y en otros (los menos), ninguno. Es un dato interesante que induce a pensar que cualquier generación está atravesada por un acontecimiento de esta envergadura que marca direc-

trices a todos los niveles de la vida del creyente. Ha sido una suerte y un gran privilegio que el Vaticano II sea el concilio de nuestras vidas. Donde el *anathema sit* quedó desterrado y el diálogo, elevado a categoría básica de la misión del cristiano. Ha quedado escrito en los documentos, reconocido incluso en el ámbito civil, y ratificado en la vida de muchos testigos. Ya no se puede prescindir de él y nadie nos lo puede quitar. Podemos respirar tranquilos. ■

«Buscad primero el reinado de Dios y su justicia» (Mt 6,33)

Evocaciones y provocaciones del Concilio Vaticano II desde la opinión preferencial por los pobres

Sebastián Mora

Secretario General de Cáritas Española
E-mail: smora.ssgg@caritas.es

Nací un año después de concluido el Concilio Vaticano II y, sin embargo, ha sido un acontecimiento esencial en la vida e historia de mi generación. Me he socializado pastoralmente en la Iglesia postconciliar con todos sus atrevimientos, inquietudes, fortalezas y debilidades. He nacido y crecido a la fe en una Iglesia con una fuerte impronta conciliar que ha sido un regalo del Padre. Por ello, evocar el Concilio en sus bodas de oro es un ejercicio de Esperanza cristiana y Alegría en la fe, «por tanto, bien recibido». Además, evocar el Concilio desde el sufrimiento de las personas pobres y excluidas, significa una auténtica provocación al compromiso. Más allá de dialécticas sobre la hermenéutica de la continuidad o discontinuidad, la perenne llamada a ser una *Iglesia de los pobres* resuena como principio vivificador y unificador de la Iglesia postconciliar, de nuestra Iglesia actual y actuante. Un mes antes de la apertura del Concilio, el 11 de sep-

tiembre de 1962, Juan XXIII pronunció un discurso en el que afirmaba que «frente a los países subdesarrollados, la Iglesia es y quiere ser la Iglesia de todos, pero en particular, la Iglesia de los pobres». Ese deseo preconiliar del Papa bueno sigue siendo un reto postconciliar de nuestra Iglesia peregrina en un mundo desbocado e incierto.

La inquietud fundamental del Concilio, a mi modesto entender, consistió en la «apertura al mundo», es decir, al mundo moderno. La intuición clave era situarse como Iglesia en el mundo (*Gaudium et Spes*) con toda la grandeza y con toda la humildad. Desde esta apertura el Concilio fue un diálogo eclesiológico en primer término. Las palabras del Cardenal Suenens sobre la centralidad eclesiológica (*ad intra* y *ad extra*) del Concilio, luego refrendadas por el entonces Cardenal Montini, son elocuentes y constituyen un punto

de inflexión en el desarrollo del Concilio. En este sentido, cuando recuerdo la Iglesia que me vio nacer y crecer en la fe, siempre me la figuro como una «ventana abierta sin temores ni temblores». Una Iglesia que, como decía Juan XXIII en el discurso de apertura del Concilio, no sea «profeta de calamidades», sino una Iglesia que muestre un «nuevo Pentecostés». En este sentido, este primer cuadro evocativo representa una actitud –una disposición de ánimo– eclesial para habitar en terrenos fronterizos y contingentes. El diálogo con la ciencia, la técnica, la política y tantas otras realidades humanas de las que debemos aprender, con humildad, y a las que debemos iluminar desde la Luz de Cristo, con osadía, es un claro testimonio de una Iglesia abierta a la historia. Esta «Iglesia que se hace coloquio con el mundo» (*Ecclesiam Suam* n.º 27) está llamada a encarnarse y derramarse en las realidades temporales con inusitada valentía. Y, al derramarse en la historia, se desgarraba el mismo corazón de la Iglesia al sentir a millones de personas «gimiendo bajo dolores de parto» (Rom 8,22). Esta actitud de escucha y apertura es la que manifiesta el comienzo de la *Gaudium et Spes* que tanto nos sigue ensanchando el alma: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las an-

gustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo».

El segundo viaje evocativo, intelectual y afectivo, surge de esta escucha atenta al sufrimiento de las personas y los pueblos. Anteriormente he afirmado que el Concilio fue esencialmente eclesiológico, pero, sin embargo, el fruto del Concilio se manifestó en un giro cristológico en el ser y quehacer de la Iglesia. El «Cristo pobre y humilde» de los *Ejercicios* ignacianos adquiere una profundidad y radicalidad inusitada tras el Concilio. La apertura radical al sufrimiento del mundo no podía más que tornarse en visión cristológica. Así lo significaba Pablo VI en la alocución de clausura del Concilio: «En el rostro de cada ser humano, sobre todo si se ha hecho transparente por sus lágrimas y dolores, podemos y debemos reconocer el Rostro de Cristo (Mt 25,40)». El diálogo con el mundo hace, de una manera especial, transparente las lágrimas y dolores de las personas. Por ello, aunque en el Concilio la opción preferencial por los pobres no fue un tema extensamente tratado, sí que estuvo presente en el trasfondo del Concilio como tensión y provocación. Las palabras del Car-

denal Lercano en su intervención en la Congregación General de noviembre del 1962 lo traslucen. «Esta es la hora del Misterio de la Iglesia madre de los pobres, esta es la hora del Misterio de Cristo en el pobre». Esa hora no se consumió, teológicamente, en las reflexiones conciliares, pero sí se establecieron las condiciones de posibilidad del subsiguiente desarrollo. La imprevista cristológica, acompañada del proceso de la teología política europea y la energía de las Iglesias latinoamericanas en Medellín, expandieron temáticamente los aires del Concilio a las fronteras quebradas de la injusticia, la exclusión y el sufrimiento. Volver los ojos a Cristo es volver los ojos al sufrimiento, la pobreza y las angustias de los pueblos y personas excluidos, expropiados y oprimidos.

Estas evocaciones en dos movimientos complementarios de apertura eclesiológica y de intensidad cristológica nos lanzan, para terminar, a una evocación como provocación de carácter escatológico.

En estos momentos vivimos sumidos en la desesperanza, incertidumbre y desmoralización vital. ¡Qué palabras tan alejadas de ese mundo y esa Iglesia, «nuevo Pentecostés»! Y nuestro único camino y guía sólido es el camino de la encarnación, el camino de Jesucristo «que siendo rico, por vosotros se hizo pobre para enriqueceros con su pobreza» (2 Co 8,9). El «Misterio de la Iglesia madre de los pobres y el Misterio de Cristo en el pobre» nos convocan a ser una *Iglesia de los pobres*, tal como soñaba el Papa bueno. Este es el reto radical que nos regala el pensamiento conciliar y el desarrollo postconciliar. Cómo ser, no sólo una Iglesia para los pobres, sino una Iglesia de los pobres. Una Iglesia en la que los últimos serán los primeros» (Mt 20,16) y en la que «repartamos según la necesidad de cada uno» (Hch 2,45). Una Iglesia que se reconozca Amor Misericordioso y muestre la ternura intensa de Dios que nos lleva tatuado en las palmas de sus manos (cfr. Is 49,16). ■

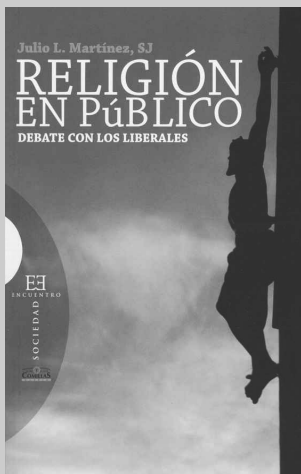
Religión en público

Debate con los liberales

Julio L. Martínez Martínez, S.J.

Este libro entra de lleno en la cuestión de la presencia pública de la religión estudiando una tradición -la liberal-, que ha sido determinante en los últimos siglos del pensamiento occidental. Es una corriente que, si entre los siglos XVII a XIX tuvo sus primeros representantes en Europa, en el siglo XX y hasta el presente, sus principales exponentes han sido y son pensadores norteamericanos. Por eso lo que predomina en este libro es liberalismo made in USA. Eso sí, el liberalismo que aquí se trata es muy diferente del neoliberalismo económico.

La obra consta de diez ágiles capítulos organizados en tres partes bien distribuidas. La primera y segunda se dedican fundamentalmente a la presentación y análisis del pensamiento liberal: de sus rasgos generales y de los autores del liberalismo clásico, la primera; y del liberalismo político contemporáneo desarrollado en Estados Unidos, la segunda. La tercera parte está dedicada al diálogo crítico entre el liberalismo y el catolicismo, y en ella se recurre a la Teología y el Magisterio eclesial para tejer un rico debate, hoy de tanta incidencia pública en temas como el papel de los símbolos religiosos o la libertad religiosa.



Religión en público

Debate con los liberales

Julio L. Martínez Martínez

ISBN:978-84-9920-142-9

Universidad P. Comillas - Encuentro

2012, 404 pp.

SERVICIO DE PUBLICACIONES

INFORMACIÓN

edit@pub.upcomillas.es · <http://www.upcomillas.es> · Tel.: 917 343 950 · Fax: 917 344 570

El Concilio Vaticano II y las relaciones fe-cultura. Evocación personal

Xavier Morlans

Sacerdote de la diócesis de Barcelona, profesor de la Facultad de Teología de Catalunya y consultor del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización
E-mail: xaviermorlans@gmail.com

Nací en agosto de 1949, y he guardado siempre una vivencia muy clara de mi infancia y de mi adolescencia vividas en el contexto del catolicismo preconiliar. Recuerdo todavía aquel 7 de marzo de 1965, primer domingo de Cuaresma, el día en que la liturgia de la Palabra de la Eucaristía se celebró en lengua vernácula por primera vez –en mi caso en lengua catalana en el Seminario Menor de Barcelona–. No deseo dar pie a una evocación maniquea y empiezo reconociendo a grandes rasgos lo que debo a aquella etapa: el sentido de Dios como ser «personal» y trascendente ante el cual soy responsable de lo que haga con mi vida; la vida como vocación de servicio; el amor al prójimo, especialmente al pobre y al enfermo como piedra de toque de la autenticidad de la fe; la eucaristía dominical como centro de la vida cristiana; el rosario diario rezado en familia junto al hogar, y una emoción especial al cantar la *Salve*

Regina al final de la eucaristía dominical. También el testimonio de fe y de amor de gentes sencillas, payeses y trabajadoras en fábricas de hilados en mi entrañable pueblecito, Llinars del Vallés, a unos 40 kilómetros al norte de Barcelona, en los años 50.

1. El espacio: sagrado/profano

El recuerdo agradecido de mis raíces cristianas no obsta para reconocer el impacto que supuso la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II en varios ámbitos, entre ellos –tal como se me pide en esta evocación– en lo relativo a las relaciones fe-cultura. Lo más determinante en este sentido –y narrado desde la conciencia de un adolescente– fue el hecho de pasar de una consideración del *templo* como el lugar donde ocurren las cosas de Dios a la consideración de *la calle* y *la vida* como escenarios igualmente aptos para el encuentro con este

mismo Dios. Dicha transición la pude realizar progresivamente en el Seminario Menor de Barcelona donde estuve de los diez hasta los diecisiete años (1959-1966), y gracias especialmente al equipo de formadores, jóvenes sacerdotes diocesanos procedentes varios de ellos de su primera experiencia pastoral en la JOC (Juventud Obrera Cristiana).

Recuerdo todavía el tacto y el olor que desprendía el Nuevo Testamento recién editado por la Abadía de Montserrat en un formato de bolsillo y muy agradable de lectura. Leyéndolo por primera vez tuve la percepción del Jesús que recorría las plazas y pueblos, y empecé a dibujármelo el cristianismo como seguimiento y amistad con Jesús que se puede y debe realizar sin excepción en todos los ámbitos de la vida.

2. El tiempo: la memoria y el imaginario colectivo

Las coordenadas de la fe y de la cultura vienen muy marcadas también por la percepción del entorno social en el que nos movemos y por el imaginario colectivo que habitamos o que nos habita. En este sentido, es de todos sabido que la memoria histórica alimentada en la escuela, en la predicación y en los

medios de comunicación de aquellos años –el inefable noticiario dominical de obligatoria exhibición en los cines, el «NO-DO»– era la del llamado nacional-catolicismo con el mito de una España uniforme desde los Reyes Católicos y el imaginario colectivo creado por el relato de la guerra civil (1936-1939) narrada desde la óptica de los vencedores.

Recibí de mis tutores una nueva lectura de la historia del país al que habían llegado mis abuelos procedentes de Aragón en busca de trabajo y fortuna a principios del siglo XX. La toma de conciencia progresiva y natural que propició el ambiente, la formación y la cultura en el Seminario Menor se adelantaba a lo que casi simultáneamente se iba confirmando en las sesiones del Concilio Vaticano II, especialmente en todo el debate que cristalizaría en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual (1965): el valor de la democracia, la libertad de conciencia, la autonomía de las realidades temporales, la actitud de diálogo respecto de la cultura y sus diversas manifestaciones, la defensa de las minorías étnicas y nacionales, la necesaria encarnación de la Iglesia en las culturas, el compromiso de los cristianos en la transformación de la sociedad y, en general, la atención a *los signos*

de los tiempos, entre ellos la promoción de la mujer, la promoción de las clases trabajadoras y la independencia de los países colonizados... Todo eso lo fuimos asimilando de manera natural y sin traumas en aquellos años de formación, que por lo demás encajaba también con lo que se vivía en la sociedad, especialmente entre los que habían conservado la memoria histórica de los vencidos y entre los sectores más vivos e inquietos.

3. Prensa, literatura, cultura popular

Cada uno de estos grandes capítulos merecería una evocación, pero por fuerza debo concentrarme en lo más significativo. La actitud de diálogo y empatía con la cultura secular se traducía en una iniciación al seguimiento cotidiano de la información en aquellos años, preferentemente la prensa diaria y las revistas semanales. Recuerdo que con los años acabó siendo un hábito autoimpuesto la lectura diaria de la prensa –*El Correo Catalán*, *La Vanguardia*– y la lectura semanal de por lo menos un par de revistas –*Destino* y, más tarde, *Triunfo*–.

El hábito de lectura muy estimulado en el Seminario se extendió a

las grandes novelas católicas –Graham Green, Bernanos, Mauriac, Dostoiesky...– y como culmen la gran novela sobre la guerra civil en Cataluña, *Incerta glòria*, de Joan Sales, traducida no hace mucho al castellano. A mis dieciocho años tuve mi encuentro con una versión nada maniquea de lo que fueron las diferentes confrontaciones en nuestro país. Aprendí estupefacto que había existido un anarquismo pacifista, y unos republicanos que se dedicaron a salvar sacerdotes y gentes de orden, y que también hubo catalanes católicos y fieles a la república. Y que hubo heroísmo y villanía en ambos lados y una sed de gloria buscada en el amor y en la guerra que sólo el encuentro personal con Dios puede saciar.

Fue también en el viejo escenario del Seminario Menor donde oí por primera vez cantar en catalán sobre temas de la vida cotidiana y, por supuesto, reivindicando lo catalán. «Els setze jutges», el colectivo de cantautores catalanes, actuó más de una vez en nuestro seminario, como lo hizo al principio en multitud de locales parroquiales. De esa época me vino por puro mimetismo la afición a la guitarra que luego tan útil me ha sido en las tareas pastorales como privilegiado instrumento de comunicación.

4. El cine

Les sorprende a mis sobrinos mi manera de ver la televisión. Si hay una televisión prendida en el comedor o la miro con atención o no la miro para nada, pero no puedo simultanear una conversación con el seguimiento de la tele, cosa tan normal para ellos. Creo que eso nos viene a los de mi generación por la adicción a la gran pantalla que era el único momento de la semana –en aquella larga, triste y gris postguerra española– en que se nos abría la ventana a la fantasía, especialmente si la película era en *technicolor*.

Todavía pillé unos primeros años en que, cuando llegaban las vacaciones de verano, a los seminaristas se nos prohibía ir al cine y al baile. En lo del baile fui obediente, pero en lo del cine, no. De hecho los tutores más jóvenes eran más condescendientes con el séptimo arte.

Quién nos iba a decir que en un par de años se cambiarían las tornas y que sería el seminario –menor y más tarde el mayor– el lugar de la iniciación al ritual de los cinefóruns. Ya en el Mayor (1968) nos ponían unas matinales a base del más puro Bergmann que nos habituó ya para toda la vida a ver buen cine (gracias Jordi Piquer, gracias Lluís Espinal, luego már-

tir en Bolivia en 1980). Todo ello repercutió en la valoración del buen cine como medio de conocimiento espiritual en la pantalla global de la cultura contemporánea.

5. El diálogo de altura

Esta evocación personal que por ceñirse a mi proceso biográfico, ha empezado con aspectos relativos a lo cultural más bien a nivel popular y cotidiano, debe dar cuenta ahora, aunque sea de manera sucinta, del cambio que supuso el Concilio Vaticano II en la práctica del diálogo fe-cultura a gran escala, es decir, en el terreno de la filosofía y el gran pensamiento. Veníamos de una subcultura clerical –los manuales tardoescolásticos que estudiaron sacerdotes apenas diez años mayores respecto de mi generación– y en la Facultad de Teología de Cataluña tuvimos la inmensa suerte de estrenar profesores acabados de llegar de los centros de formación de Salamanca como Andrés Rodríguez Resina, de París como Evangelista Vilanova, de Lovaina como Josep Maria Via Taltavull, de Alemania como Joan Pelegrí, Ramon Sala y Josep Rius-Camps, o de Roma como Pere Tena, Josep Maria Rovira Bellosó, Vicenç Capdevila y Antoni Matabosch. ¡Qué espléndida

generación! Y cómo la valoramos ahora que poco a poco nos van dejando...!

Las referencias directas a los pensadores más influyentes en la cultura europea y mundial eran habituales en nuestras clases tanto de filosofía como de teología: Heidegger, Zubiri, Ricoeur, Levinas, Wittgenstein... En el ámbito teológico, obviamente era constante la presencia de los Barth, von Rad, Bultmann, Pannenberg y, por supuesto, los grandes teólogos católicos Rahner, von Balthasar, De Lubac, Congar, Chenu, Bouillard...

A pesar de vivir en un ambiente de gran interés por lo político y con ansias de praxis inmediata, fui enviado a estudiar a Roma y pude asistir a las clases de profesores de la talla de De la Potterie, Vanhoye, Alfaro, Alszeghy, Martelet, Henrici, y realizar una tesis doctoral sobre Maurice Blondel, el fundador de la teología fundamental tal como se practicó a partir del Vaticano II.

6. Autocrítica

Lo cortés no quita lo valiente y encuentro justo un apunte, aunque sea breve, de autocrítica serena y cariñosa. Cada vez estoy más convencido de una especie de ley histórica: cuanto más exagerada

es en una generación la versión de unas determinadas convicciones o costumbres, tanto más exagerada hacia el polo opuesto será la reacción en la generación siguiente. Fuimos una generación que veníamos de una liturgia en latín rígida y muy rubricista y en general desconectada de la vida y asociada a un pensamiento conservador. La reacción estaba cantada: nos fuimos –por decirlo rápido y con riesgo de simplificar– al otro extremo. Buscábamos a Dios en la vida y nos seducían expresiones como «la sacramentalidad de la vida misma» y «la acción histórica como lugar de encuentro con Dios». Luego, con los años, uno aprende a encontrar el equilibrio y a valorar lo uno sin negar lo otro.

Algo parecido podría decirse con todos los matices necesarios del diálogo y de la empatía proyectada hacia la cultura laica y secular. Un cierto encandilamiento con los análisis y los gurús de la llamada izquierda progresista sí que lo hubo, y un cierto deseo de redimirnos de tantos años de maridaje de la Iglesia oficial con el franquismo, también. Pero los años se encargan de poner las cosas en su sitio y, repito, se trata de dar a cada uno lo suyo, o para decirlo con frase simple, de saber distinguir entre el uso y el abuso.

7. Retos pendientes

Los retos pendientes son varios. Me limito a señalar dos de muy diversa índole. En primer lugar lo relativo al *orden de los afectos*. La expresión es del teólogo milanés Pierangelo Sequeri y hace referencia a la necesidad de integrar en el discurso teológico todo lo relativo a la afectividad humana superando un discurso unilateralmente intelectual y aséptico. Tengo para mí, con otros observadores, que la revolución más decisiva y determinante del siglo XX –más que las revoluciones sociales– ha sido el cambio de las relaciones entre el hombre y la mujer. Los grandes cambios de paradigmas –científico, bíblico, social– han comportado más tarde o más temprano por parte de las normativas de la Iglesia una adaptación realista y equilibrada a las exigencias de los nuevos tiempos sin ceder en lo esencial. Es, pues, un reto pendiente que también en el orden de los afectos las normativas de la Iglesia se adapten a las nuevas situaciones en lo que son medidas disciplinares que no afectan ni a los contenidos del dogma, ni a los de la moral fundamental.

En otro orden muy distinto de cosas, un reto pendiente en nuestro ámbito español es la necesaria purificación integral de la memoria y

una verdadera reconciliación de las dos Españas. Desde mi modesto punto de vista me atrevo a proponer una especie de fórmula breve –«kerigma» de la reconciliación– susceptible de ser desarrollado y mejor matizado y fundamentado:

«Nosotros, hijos y nietos de aquellos que durante tres largos años se enfrentaron en una guerra entre hermanos, desde la perspectiva que nos dan los años y ante la responsabilidad que sentimos de cara a las nuevas generaciones, reconocemos y convenimos en expresar la siguiente valoración de aquellos dramáticos sucesos: en una época de grandes penurias económicas y laborales, con un reciente y precario acceso de gran parte de la población a recursos culturales tan necesarios como la alfabetización, no se supieron encauzar –a pesar de diversos intentos– por los caminos del diálogo y del debate de las ideas, las grandes diferencias sociales, políticas, ideológicas y religiosas acumuladas o emergentes, de manera que –aunque no faltaron en todos los bandos ciudadanos ejemplares y heroicos que no aceptaban la violencia como medio de resolver los conflictos, y aunque buena parte de la población quedó inerte como víctima inocente entre dos fuegos– se apoderó de sectores decisivos de la sociedad situados en general en los extre-

mos del espectro político la igual convicción que el futuro de España sólo podía pasar por la eliminación física del adversario ideológico o político.

Con ello –y sin querer de ninguna manera establecer una especie de igualación general en cuanto a las responsabilidades históricas y concretas que la ciencia histórica en su día pueda esclarecer– sentimos el deber histórico de acordar que más allá o más acá de las iniciativas personales y grupales que pudieron de alguna manera provocar, desencadenar o retroalimentar la contienda, un clima colectivo de pasión irracional y de odio se apoderó de muchos, tanto en un bando como en otro. Por todo ello nosotros hoy sentimos pena y dolor, por tanta muerte y tanto dolor causado por los unos a los otros, y por las secuelas de odio y resentimiento que llegan hasta nuestros días; re-

conocemos que en cierta manera todos fuimos víctimas de un destino trágico; afirmamos convencidos que nadie puede sentirse orgulloso del clima previo, del inicio, del desarrollo, del desenlace y de las largas secuelas de aquella contienda entre hermanos; y en un acto que va más allá de la justicia estricta –aunque no la descarta en lo que afecta especialmente a una valoración histórica objetiva de las responsabilidades específicas del inicio del conflicto– *nos pedimos humildemente perdón los unos a los otros en nombre de nuestros padres y abuelos*, con la voluntad firme de no volver a invocar nunca más aquella guerra para alimentar opciones partidistas, sino al contrario para aprender cómo no deben resolverse los conflictos ideológicos y para edificar un futuro que evite la repetición del enfrentamiento ciego e irracional entre hermanos. ■